



James Joyce

Ulysses

Traducción del inglés de José Salas Subirat



Galaxia Gutenberg

JAMES JOYCE

Ulises

Traducción de
José Salas Subirat

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Ulysses*
Traducción del inglés: José Salas Subirat

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2022

© de la traducción: Herederos de José Salas Subirat, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 1056-2022
ISBN: 978-84-19075-29-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

I

I

Imponente, el rollizo Buck Mulligan apareció en lo alto de la escalera, con una bacía desbordante de espuma, sobre la cual traía, cruzados, un espejo y una navaja. La suave brisa de la mañana hacía flotar con gracia la bata amarilla desprendida. Levantó el tazón y entonó:

—*Introibo ad altare Dei.*

Se detuvo, miró de soslayo la oscura escalera de caracol y llamó groseramente:

—Acércate, Kinch. Acércate, jesuita miedoso.

Se adelantó con solemnidad y subió a la plataforma de tiro. Dio media vuelta y bendijo tres veces, gravemente, la torre, el campo circundante y las montañas que despertaban. Luego, advirtiendo a Stephen Dedalus, se inclinó hacia él y trazó rápidas cruces en el aire, murmurando entre dientes y moviendo la cabeza. Stephen Dedalus, malhumorado y con sueño, apoyó sus brazos sobre el último escalón y contempló fríamente la gorgoteante y meneadora cara que lo bendecía, de proporciones equinas por el largo y la cabellera clara, sin tonsurar, parecida por su tinte y sus vetas al roble pálido.

Buck Mulligan espió un instante por debajo del espejo y luego tapó la bacía con toda elegancia.

—¡De vuelta al cuartel! —dijo severamente.

Luego agregó con tono sacerdotal:

—Porque esto, ¡oh, amados míos!, es el verdadero Cristo: cuerpo y alma y sangre y llagas. Música lenta, por favor. Cierren los ojos, señores. Un momento. Hay cierta dificultad en esos corpúsculos blancos. Silencio, todos.

Lanzó una mirada de reojo, emitió un suave y largo silbido de llamada y se detuvo un momento extasiado, mientras sus dientes blancos y parejos brillaban aquí y allá con puntos de oro. Chrysos-

tomos. Atravesando la calma, respondieron dos silbidos fuertes y agudos.

–Gracias, viejo –gritó animadamente–. Irá bien eso. Corta la corriente, ¿quieres?

Saltó de la plataforma de tiro y miró gravemente a su observador, recogiénose alrededor de las piernas los pliegues sueltos de su bata. La cara rolliza y sombría, y la quijada ovalada y hosca, recordaban a un prelado protector de las artes en la Edad Media. Una sonrisa agradable se extendió silenciosa sobre sus labios.

–¡Qué burla! –dijo alegremente–. Tu nombre absurdo, griego antiguo.

Lo señaló con el dedo, en amistosa burla, y fue hacia el parapeto, riendo para sí. Stephen Dedalus comenzó a subir. Lo siguió perezosamente hasta mitad de camino y se sentó en el borde de la plataforma de tiro, observándolo tranquilo mientras apoyaba su espejo sobre el parapeto, metía la brocha en la bacía y se enjabonaba las mejillas y el cuello.

La alegre voz de Buck Mulligan siguió:

–Mi nombre también es absurdo, Malachi Mulligan, dos esdrújulos. Pero tiene un sonido helénico, ¿verdad? Ágil y soleado como el mismo gamo. Tenemos que ir a Atenas. ¿Vendrás conmigo si consigo que la tía largue veinte pesoques?

Dejó la brocha a un lado y gritó, riendo contento:

–¿Vendrá él? Ese jesuita seco.

Deteniéndose, empezó a afeitarse concienzudamente.

–Dime, Mulligan –dijo Stephen quedamente.

–¿Qué, amor mío?

–¿Cuánto tiempo se quedará Haines en esta torre?

Buck Mulligan mostró una mejilla afeitada por encima de su hombro derecho:

–¡Dios! ¿No es espantoso? –dijo francamente–. Es un sajón pesado. Cree que no eres un caballero. Por Dios, estos cochinos ingleses. Revientan de dinero y de indigestión. Porque viene de Oxford. Sabes, Dedalus, tú tienes los verdaderos modales de Oxford. No te puede entender. ¡Oh!, yo tengo para ti el mejor nombre: Kinch, hoja de cuchillo.

Se afeitó cuidadosamente el mentón.

–Toda la noche se la pasó desvariando acerca de una pantera negra –dijo Stephen–. ¿Dónde está la cartuchera de su revólver?

—Es un lunático temible —dijo Mulligan—. ¿Tenías miedo?

—Sí —exclamó Stephen con energía y renovado temor—. Estar ahí en la oscuridad con un hombre a quien no conozco y que se lo pasa delirando y gimiendo por una pantera negra que quiere matar. Tú salvaste a algunos hombres que se ahogaban. Pero yo no soy un héroe. Si él se queda, yo me voy.

Buck Mulligan le arrugó el entrecejo a la espuma de su navaja. Descendió de su sitio y empezó a buscar afanosamente en los bolsillos de sus pantalones.

—¡Demonio! —dijo ásperamente.

Se dirigió a la plataforma y, metiendo una mano en el bolsillo de Stephen, dijo:

—Haznos el obsequio de tu limpiamocos para enjugar mi navaja.

Stephen aguantó que sacara y exhibiera, sosteniéndolo de una punta, un pañuelo arrugado y sucio. Buck Mulligan limpió la navaja cuidadosamente. Después, mirando el pañuelo, dijo:

—El trapo de nariz del bardo. Un nuevo color artístico para nuestros poetas irlandeses: verde moco. Casi puedes sentirle el gusto, ¿no es cierto?

Montó otra vez en el parapeto y contempló la bahía de Dublín, mientras su cabello claro, de roble pálido, se agitaba suavemente.

—Dios —musitó—. ¿No es verdad que el mar es, como dice Algy, una dulce madre gris? El mar verde moco. El mar escrotogalvanizador. *Epi oinopa ponton*. ¡Ah, Dedalus, los griegos! Tengo que enseñarte. Tienes que leerlos en el original. *Thalatta! Thalatta!* Ella es nuestra grande y dulce madre. Ven y mira.

Stephen se paró y se dirigió al parapeto. Apoyándose en él miró abajo, al agua y al barco-correo que franqueaba la boca del puerto de Kingstown.

—Nuestra poderosa madre —dijo Buck Mulligan.

Desvió bruscamente del mar sus grandes ojos escudriñadores y los fijó en la cara de Stephen.

—La tía piensa que mataste a tu madre —dijo—. Por eso es que no quiere que yo tenga trato contigo.

—Alguien la mató —murmuró Stephen lúgubrementemente.

—¡Maldito sea! Podrías haberte arrodillado cuando tu madre moribunda te lo pidió, Kinch —dijo Buck Mulligan—. Soy tan hiperbóreo como tú. Pero pensar que tu madre moribunda, con su últi-

mo aliento, te pidió que te arrodillaras y rezaras por ella. Y te negaste. Hay algo siniestro en ti...

Se interrumpió y volvió a cubrir de espuma, suavemente, su otra mejilla. Sus labios se curvaron en una sonrisa de condescendencia.

–Pero una máscara preciosa –murmuró para sí–, Kinch, la máscara más preciosa de todas.

Se afeitaba con soltura y cuidado, en silencio, serio.

Stephen, con un codo apoyado sobre el granito mellado, y la palma de la mano contra la frente, consideró el borde gastado de la manga de su saco, negra y lustrosa. Una pena, que todavía no era la pena del amor, corroía su corazón. Silenciosamente, en sueños, ella vino después de muerta, su cuerpo consumido dentro de la floja mortaja parda, exhalando perfume de cera y palo de rosa, mientras su aliento, cerniéndose sobre él, mudo y remordedor, era como un desmayado olor a cenizas húmedas. A través del puño deshilachado, vio el mar que la voz robusta acababa de alabar a su lado como a una madre grande y querida. El círculo formado por la bahía y el horizonte cerraban una masa opaca de líquido verdoso. Al lado de su lecho de muerte había una taza de porcelana blanca, conteniendo la espesa bilis verdosa que ella había arrancado de su hígado putrefacto entre estertores, vómitos y gemidos.

Buck Mulligan limpió la hoja de su navaja.

–¡Ah, pobre cuerpo de perro! –dijo con voz enternecida–. Tengo que darte una camisa y unos cuantos trapos de nariz. ¿Qué tal los pantalones de segunda mano?

–Quedan bastante bien –contestó Stephen.

Buck Mulligan atacó el hueco debajo de su labio inferior.

–Lo ridículo –agregó alegremente– es que hayan sido usados. Dios sabe qué apestado los dejó. Tengo un par muy hermoso, con rayas del ancho de un cabello, grises. Quedarías formidable con ellos. No bromeo, Kinch. Quedas condenadamente bien cuando estás arreglado.

–Gracias –dijo Stephen–, no podré usarlos si son grises.

–¡Él no puede usarlos! –dijo Buck a su cara en el espejo–. La etiqueta es la etiqueta. Mata a su madre, pero no puede llevar pantalones grises.

Cerró cuidadosamente la navaja y con unos golpecitos de los dedos palpó la suavidad de la piel.

Stephen apartó su mirada del mar y la fijó en la cara rolliza, de ojos movedizos, azul de humo.

—El tipo con quien estuve en el Ship anoche —dijo Buck Mulligan— dice que tienes p.g.l. Está en Dottyville con Conolly Norman. Parálisis general de los locos.

Describió un semicírculo en el aire con el espejo para comunicar las nuevas al exterior, luminoso ahora de sol sobre el mar. Rieron sus labios curvos, recién afeitados, y los bordes de sus dientes blancos y relucientes. La risa se apoderó de todo su tronco fornido y macizo.

—Mírate —le dijo—, bardo horroroso.

Stephen se inclinó y se contempló en el espejo que le ofrecían, agrietado por una rajadura torcida, con los cabellos en punta. Como él y otros me ven. ¿Quién me eligió esta cara? Este desgraciado para desembarazarse de sabandijas. También me lo preguntó a mí.

—Lo robé de la pieza de la maritornes —declaró Buck Mulligan—. Se lo merece. En obsequio a Malachi, la tía siempre elige criadas feas. No le induzcas en tentación. Y su nombre es Ursula.

Riendo otra vez, apartó el espejo de los ojos atentos de Stephen.

—¡Qué rabia tendría Calibán al no ver su imagen en un espejo! —exclamó—. Si Wilde estuviera vivo para verte...

Echándose para atrás y señalando, Stephen dijo con amargura:

—Es un símbolo del arte irlandés. El espejo agrietado de un sirviente.

Buck Mulligan enlazó su brazo, de repente, con el de Stephen, y caminó con él alrededor de la torre, la navaja y el espejo sacudiéndose en el bolsillo donde los había metido.

—No es justo burlarse de ti de esta manera, Kinch, ¿no es verdad? —agregó con cariño—. Dios sabe que tienes más espíritu que cualquiera de ellos.

Defendiéndose de nuevo. Teme la lanceta de mi arte como yo temo la suya. La fría pluma de acero.

—El espejo agrietado de un sirviente. Dile eso al tipoapestado de abajo y trata de sacarle una guinea. Está podrido en plata y cree que no eres un caballero. Su viejo hizo plata vendiendo jalapa a Zulus o a algún otro maldito estafador. Por Dios, Kinch, si tú y yo pudiéramos tan sólo trabajar juntos podríamos hacer algo por la isla. Helenizarla.

El brazo de Cranly. Su brazo.

—Y pensar que tú tienes que estar pidiendo limosna a estos cochinos. Yo soy el único que sabe lo que vales. ¿Por qué no me tienes más confianza? ¿Qué es lo que tienes sobre la nariz en mi contra? ¿Es por Haines? Si hace algún ruido aquí voy a hacer venir a Seymour y le vamos a dar una corrida peor de la que le dieron a Clive Kempthorpe.

Gritos jóvenes de voces adineradas en las habitaciones de Clive Kempthorpe. Caras pálidas: se agarran las costillas de la risa, abrazándose unos a otros. ¡Oh, me muero! ¡Díselo a ella poco a poco, Aubrey! ¡Me muero! Salta y cojea alrededor de la mesa, las tiras de su camisa hecha jirones azotando el aire, los pantalones en los talones perseguido por Aedes de Magdalen con las tijeras del sastre. Una cara asustada de ternero, lustrosa de mermelada. ¡No quiero que me achuren! ¡No jueguen al toro mocho conmigo!

Gritos desde la ventana abierta, que estremecen la tarde en el cuadrángulo. Un jardinero sordo, con delantal, enmascarado con la cara de Matthew Arnold, empuja su segadora sobre el césped sombrío, observando atentamente las briznas danzadoras de pasto seco.

Para nosotros mismos... nuevo paganismo... *omphalos*.

—Que se quede —dijo Stephen—. No tiene nada de malo excepto de noche.

—Y entonces, ¿qué es? —le preguntó Buck Mulligan con impaciencia—. Vomítalo. Soy completamente franco contigo. ¿Qué tienes contra mí ahora?

Hicieron un alto, mirando hacia el cabo romo de Bray Head, que asomaba en el agua como el morro de una ballena dormida. Stephen libró su brazo en silencio.

—¿Quieres que te lo diga? —le preguntó.

—Sí, ¿qué es? —respondió Buck Mulligan—. No me acuerdo de nada.

Mientras hablaba miraba la cara de Stephen. Una brisa leve le pasó por la frente, abanicando con suavidad sus claros cabellos despeinados y despertando argentados puntos de ansiedad en sus ojos.

Stephen, oprimido por su propia voz, dijo:

—¿Recuerdas el primer día que fui a tu casa después de la muerte de mi madre?

Buck Mulligan arrugó bruscamente la frente y contestó:

—¿Qué? ¿Adónde? No puedo recordar nada. Sólo ideas y sensaciones. ¿Por qué? En nombre de Dios, ¿qué pasó?

—Estabas preparando té —dijo Stephen— y yo crucé el rellano para ir a buscar más agua caliente. Tu madre y algún visitante salieron de la sala. Ella te preguntó quién estaba en tu pieza.

—¿Sí? —dijo Buck Mulligan—. ¿Qué te dije yo? No recuerdo.

—Dijiste —contestó Stephen—: *¡Oh!, es tan sólo Dedalus, cuya madre ha muerto bestialmente.*

Un rubor que le hizo parecer más joven y atrayente cubrió las mejillas de Buck Mulligan.

—¿Dije así? —preguntó—. ¿Y? ¿Qué hay de malo en eso?

Nerviosamente, dominó su embarazo.

—¿Y qué es la muerte? —siguió—. ¿La de tu madre o la tuya o la mía propia? Tú solamente viste morir a tu madre. Yo los veo reventar todos los días en el Mater y en el Richmond, y cómo los destripan en la sala de autopsia. Es una cosa bestial y nada más. Simplemente no tiene importancia. No quisiste arrodillarte a rezar por tu madre en su lecho de muerte cuando te lo pidió. ¿Por qué? Porque llevas dentro la maldita marca de los jesuitas, sólo que inyectada al revés. Para mí todo es burla y bestialidad. Sus lóbulos cerebrales no funcionan. Ella llama al doctor sir Peter Teazle y recoge flores de sapo en la colcha. Se trata de seguirle la corriente hasta el fin. Contrariaste su último deseo cuando iba a morir y sin embargo te fastidiabas conmigo porque no berreo como alguna llorona alquilada de Lalouette. ¡Absurdo! Supongo que lo dije. No quise ofender la memoria de tu madre.

Hablaba sólo para envalentonarse. Stephen, ocultando las heridas que las palabras habían dejado abiertas en su corazón, dijo muy fríamente:

—No estoy pensando en la ofensa a mi madre.

—¿En qué, entonces? —preguntó Buck Mulligan.

—En la ofensa a mí —contestó Stephen.

Buck Mulligan giró sobre sus talones.

—¡Oh, persona imposible! —exclamó.

Se alejó rápidamente por el parapeto. Stephen se quedó en su sitio, mirando el mar hacia la punta de tierra. El mar y la punta de tierra iban oscureciéndose ahora. El pulso le sacudía en los ojos, velándole la vista, y sintió la fiebre de sus mejillas.

Dentro de la torre, una voz llamó alto:

–¿Estás ahí, Mulligan?

–Ya voy –contestó Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y dijo:

–Mira el mar. ¿Qué le importan a él las ofensas? Olvídate de Loyola, Kinch, y baja. El sajón reclama su jamón matutino.

Su cabeza se detuvo otra vez por un momento al extremo de la escalera, al nivel del techo.

–No te quedés atontado todo el día pensando en eso –dijo–. Yo soy inconsecuente. Abandona las cavilaciones taciturnas.

Su cabeza desapareció, pero el zumbido de su voz que descendía retumbó fuera de la escalera:

Y no más arrinconarse y cavilar
sobre el amargo misterio del amor,
porque Fergus maneja los carros de bronce.

Sombras vegetales flotaban silenciosamente en la paz de la mañana, desde la escalera hacia el mar que él contemplaba. Partiendo de la orilla el espejo del agua blanqueaba, acicateado por fugaces pies luminosos. Blanco seno del oscuro mar. Los golpes enlazados, de dos en dos. Una mano pulsando las cuerdas de un arpa que funden sus acordes gemelos. Palabras enlazadas, blancas como olas, rielando sobre la sombreante marea.

Una nube empezó a cubrir el sol, lentamente, oscureciendo la bahía con un verde más intenso. Estaba detrás de él, un cántaro de aguas amargas. La canción de Fergus: la canté solo en la casa, sosteniendo los acordes largos y tristes. La puerta de ella estaba abierta: quería escuchar mi música. Con una mezcla de temor, respeto y lástima me acerqué silenciosamente a su lecho. Lloraba en su cama miserable. Por esas palabras, Stephen: amargo misterio del amor.

¿Ahora dónde?

Sus secretos: viejos abanicos de plumas, tarjetas de baile con borlas espolvoreadas de almizcle, una charrería de cuentas de ámbar en su cajón cerrado con llave. Cuando era niña, en una ventana soleada de su casa pendía una jaula. Escuchó cantar al viejo Royce en la pantomima de Turco el terrible y rió con los demás cuando él cantaba:

Soy el muchacho
que goza
de la invisibilidad.

Júbilos reliquiaduendeperdidos: almizcleviejoperfumados.

Y no más arrinconarse y cavilar.

Duendeperdidos en la memoria de la naturaleza con sus juguetes. Los recuerdos acosan su mente cavilosa. Su vaso lleno de agua de la cocina, cuando hubo comulgado. Una manzana rellena de azúcar negra, asándose para ella en el hogar en un oscuro atardecer de otoño. Sus uñas bien formadas enrojecidas por la sangre de los piojos aplastados en las camisas de los chicos.

En sueños, silenciosamente, ella vino después de muerta, su cuerpo consumido dentro de la floja mortaja parda, exhalando perfume de cera y palo de rosa, mientras su aliento cerniéndose sobre él, con palabras mudas y secretas, era como un desmayado olor a cenizas húmedas.

Sus ojos vítreos, mirando desde la muerte, para sacudir y doblegar mi alma. Sobre mí solo. El cirio de las ánimas para alumbrar su agonía. Luz espectral sobre el rostro torturado. Su respiración ronca ruidosa, rechinando de horror, mientras todos rezaban arrodillados. Sus ojos sobre mí para hacerme sucumbir: *Liliata rutilantium te confessorum turma circumdet iubilantium te virginum chorus excipiat.*

¡Vampiro! ¡Mascador de cadáveres!

No, madre. Déjame ser y déjame vivir.

—¡Kinch, *ahoy!*

La voz de Buck Mulligan resonó desde la torre. Vino desde más cerca de la escalera, llamando otra vez. Stephen, temblando todavía por el grito de su alma, oyó la escurridiza y cálida luz del sol, y en el aire palabras cordiales detrás de él.

—Dedalus, baja, pronto. El desayuno está listo. Haines está pidiendo disculpas por habernos despertado anoche. Todo está bien.

—Ya voy —dijo Stephen volviéndose.

—Ven, por Jesús —dijo Buck Mulligan—, por mí y por todos nosotros.

Su cabeza desapareció y reapareció.

–Le hablé de tu símbolo del arte irlandés. Dice que es muy ingenioso. Pídele una libra, ¿quieres? O mejor: una guinea.

–Me pagan esta mañana –dijo Stephen.

–¿En la puerca escuela? –dijo Buck Mulligan–. ¿Cuánto? ¿Cuatro libras? Préstanos una.

–Si la quieres –dijo Stephen.

–¡Cuatro brillantes soberanos! –gritó Buck Mulligan con deleite–. Vamos a agarrarnos una gloriosa borrachera, para asombrar a los druidosos druidas. Cuatro soberanos omnipotentes.

Levantó la mano y descendió a saltos por la escalera de piedra, cantando una tonada con acento cockney:

¡Oh!, ¿no nos vamos a divertir
tomando whisky, cerveza y vino,
en la Coronación,
en el día de la Coronación?
¡Oh, qué buen rato vamos a pasar
en el día de la Coronación!

Los cálidos destellos del sol jugueteaban sobre el mar. La bacía brillaba, olvidada sobre el parapeto. ¿Por qué tengo que bajarla? ¿O dejarla allí todo el día, como una amistad olvidada?

Se acercó a ella, la sostuvo un momento entre sus manos, sintiendo su frescura, oliendo la baba viscosa de la espuma en que estaba metida la brocha. Así llevé yo aquella vez el incensario en Clongowes. Ahora soy otro y sin embargo el mismo. También un sirviente. El servidor de un sirviente.

En la oscura sala abovedada de la torre, la forma vestida de Buck Mulligan se movía ágilmente alrededor de la chimenea, ocultando y revelando su ardiente amarillo. Dos saetas de suave luz diurna caían cruzando las baldosas del piso desde las troneras altas, y al encontrarse sus rayos flotaba, oscilando, una nube de humo de carbón y vapores de grasa frita.

–Nos vamos a asfixiar –dijo Buck Mulligan–. Haines, abre esa puerta, ¿quieres?

Stephen depositó la bacía sobre la alacena. Una silueta alta se levantó de la hamaca donde había estado sentada, se dirigió hacia la puerta y abrió las hojas interiores.

–¿Tienes la llave? –preguntó una voz.

–Dedalus la tiene –dijo Buck Mulligan–. Janey Mack, estoy asfiado.

Sin apartar la mirada del fuego, aulló:

–¡Kinch!

–Está en la cerradura –dijo Stephen, adelantándose.

La llave giró dos veces, raspando ásperamente, y cuando se hubo abierto la pesada puerta, entraron, bien venidos, luz y aire vivo. Haines se quedó en el umbral mirando hacia fuera. Stephen arrastró su valija hasta la mesa y se sentó a esperar. Buck Mulligan arrojó la fritada sobre la fuente que tenía a su lado. Luego la llevó a la mesa junto con una gran tetera, se sentó pesadamente y suspiró aliviado.

–Me estoy derritiendo –exclamó–, como dijo la vela cuando... ¡Pero basta! Ni una palabra más sobre ese asunto. Kinch, despierta. Pan, manteca, miel. Haines, ven. La comida está lista. Bendícenos, Señor, y a éstos tus dones. ¿Dónde está el azúcar? ¡Oh, chambón!, no hay leche.

Stephen fue a buscar el pan, el pote de la miel y la mantequera a la alacena. Buck Mulligan, repentinamente de mal humor, se sentó.

–¿Qué clase de ternera es ésta? –dijo–. Le dije que viniera después de las ocho.

–Podemos tomarlo solo –dijo Stephen–. Hay limón en la alacena.

–Al demonio tú y tus modas de París –dijo Buck Mulligan–; yo quiero leche de Sandycove.

Haines regresó de la puerta y dijo apaciblemente:

–Ahí viene la mujer con la leche.

–Que Dios te bendiga –gritó Buck Mulligan, saltando de su silla–. Siéntate. Sirve el té allí. El azúcar está en la bolsa. Vamos, bastante tengo que hacer con estos condenados huevos.

Cortó con unos tajos el frito de la fuente y arrojó una porción en cada uno de los tres platos, diciendo:

–*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

Haines se sentó para servir el té.

–Les voy a dar dos terrones a cada uno –previno–. Pero te digo, Mulligan, que haces el té cargado, ¿no es cierto?

Buck Mulligan, cortando gruesas rebanadas de pan, afirmó con la voz zalamera de una vieja:

–Cuando hago té, hago té, como decía la vieja madre Grogan. Y cuando hago agua, hago agua.¹

–Por Júpiter, es té –dijo Haines.

Buck Mulligan siguió cortando pan y haciéndose el zalamero.

–*Así lo hago yo, señora Cahill*, dice ella. ¡*Caramba, señora!*, dice la Cahill. *Gracias a Dios usted no los hace ambos en el mismo tacho.*

Extendió a cada uno de sus compañeros, por turno, una gruesa rebanada de pan enarbolada en su cuchillo.

–Ésa es gente para tu libro, Haines –dijo entusiastamente–. Cinco líneas de texto y diez páginas de notas acerca de la gente y las divinidades pisciformes de Dundrum. Impreso por las Parcas en el año del gran viento.

Se volvió hacia Stephen y le preguntó con una fina voz de intriga, enarcando las cejas:

–¿Puedes recordar, hermano? ¿Se habla de la olla de té y agua de la madre Grogan en el Mabinogion o en los Upanishads?

–Lo dudo –dijo Stephen gravemente.

–¿Ahora lo dudas? –preguntó Buck Mulligan en el mismo tono–. ¿Tus razones, por favor?

–Se me antoja –dijo Stephen al tiempo que comía– que no existió ni dentro ni fuera del Mabinogion. Uno se imagina que la madre Grogan era parienta de Mary Ann.

El rostro de Buck Mulligan sonrió complacido.

–Encantador –dijo remilgando dulcemente la voz, mostrando sus dientes blancos y parpadeando picarescamente–. ¿Crees que ella lo era? Decididamente encantador.

Luego, con las facciones contraídas bruscamente, gruñó con voz áspera, al par que arremetía de nuevo, vigorosamente, contra el pan:

Porque a la vieja Mary Ann
no le importa un comino,
pero levantando sus enaguas...

Se llenó la boca de fritura y se puso a mascar y zumbar.

El hueco de la puerta se oscureció por una forma que entraba.

1. *To make water* (literalmente, «hacer agua») significa «orinar», en inglés.

–La leche, señor.

–Entre, señora –dijo Mulligan–. Kinch, trae la jarra.

Una anciana se adelantó, colocándose cerca del codo de Stephen.

–Hermosa mañana, señor –dijo–. Que Dios sea loado.

–¿Quién? –dijo Mulligan, con una ojeada–. ¡Ah, sí, cómo no!

Stephen se estiró hacia atrás y alcanzó la jarra de la alacena.

–Los isleños –dijo Mulligan a Haines, con displicencia– se refieren frecuentemente al coleccionista de prepuicios.

–¿Cuánto, señor? –preguntó la vieja.

–Un litro –dijo Stephen.

La observó mientras vertía en la medida y luego en la jarra la rica leche blanca, no la de ella. Viejas tetas arrugadas. Vertió otra vez una medida entera y una yapa. Vieja y misteriosa, venía de un mundo matutino, tal vez como un mensajero. Alabó la excelencia de la leche, mientras la vertía. De cuclillas, al lado de una paciente vaca, en el campo lozano, al amanecer, una bruja sobre su taburete, los dedos rápidos en las ubres chorreantes. Conociéndola, las vacas mugían a su alrededor: ganado sedoso de rocío. Seda de las vacas y pobre vieja, nombres que le daban en los viejos tiempos. Una tía vagabunda, forma degradada de un inmortal, sirviendo a su conquistador y a su alegre traidor, su concubina común, mensajera de la secreta mañana. Para servir o para vituperar, quién sabe, pero desdeñaba pedirle favores.

–Lo es de verdad, señora –dijo Buck Mulligan, vertiendo leche en sus tazas.

–Pruébela, señor –dijo ella.

Bebió a su pedido.

–Si pudiéramos vivir solamente de tan buen alimento –exclamó luego alzando un poco la voz–, no tendríamos el país lleno de tripas y dientes podridos. Viviendo en un pantano fangoso, comiendo alimentos baratos y con las calles pavimentadas de polvo, estiércol de caballo y escupitajos de tuberculosos.

–¿Es usted estudiante de medicina, señor? –interrogó la vieja.

–Sí, señora –contestó Buck Mulligan.

Stephen escuchaba en un silencio despreciativo. Agacha su vieja cabeza ante una voz que le habla alto, su componehuesos, su curandero: a mí ella me desprecia. Ante la voz que escuchará su confesión y que ungrirá para el sepulcro todo lo que hay en ella, menos sus lomos sucios de mujer, de carne de hombre no hecha a semejanza

de Dios, esa presa de la serpiente. Y ante la voz alta que ahora la hace callar con ojos asombrados e inseguros.

–¿Entiende lo que dice él? –le preguntó Stephen.

–¿Es francés lo que usted habla, señor? –dijo la vieja a Haines. Haines le habló de nuevo, extensa y confidencialmente.

–Irlandés –dijo Buck Mulligan–. ¿Tiene usted algo de gaélico?

–Me pareció irlandés por su pronunciación –contestó ella–. ¿Es usted del oeste, señor?

–Soy inglés –declaró Haines.

–Él es inglés –dijo Buck Mulligan– y piensa que en Irlanda deberíamos hablar irlandés.

–Seguro que sí –dijo la vieja– y me avergüenzo de no hablarlo. Los que saben me han dicho que es un gran lenguaje.

–Grande no es el nombre que hay que darle –dijo Buck Mulligan–. Es decididamente maravilloso. Sírvenos un poco más de té, Kinch. ¿Gustaría tomar una taza, señora?

–No, gracias, señor –respondió la vieja pasando el asa del tarro de la leche sobre su antebrazo y disponiéndose a retirarse.

Haines le dijo:

–¿Tiene usted la cuenta? Sería mejor que le pagáramos, Mulligan, ¿no es cierto?

Stephen llenó de nuevo las tres tazas.

–¿La cuenta, señor? –dijo ella, deteniéndose–. Bueno, son siete mañanas de una pinta a dos peniques, siete veces dos son un chelín y dos peniques más y estas tres mañanas un cuarto a cuatro peniques son tres cuartos por un chelín más un chelín y dos son dos y dos, señor.

Buck Mulligan suspiró, y habiéndose llenado la boca con una corteza abundantemente untada de manteca por ambos lados, estiró ambas piernas y comenzó a revisar los bolsillos de su pantalón.

–Paga y con buena cara –le dijo Haines sonriendo.

Stephen llenó una tercera taza. Una cucharada de té coloreaba levemente la leche rica y espesa. Buck Mulligan sacó un florín, lo dio vuelta entre sus dedos y gritó:

–¡Un milagro!

Lo deslizó hacia la vieja a lo largo de la mesa, diciendo:

–No me pidas más, encanto. Te doy todo lo que te puedo dar.

Stephen depositó la moneda en la mano extendida.

–Deberemos dos peniques –dijo.

–No corre prisa, señor –dijo ella, tomando la moneda–. No corre prisa. Buen día, señor.

Hizo una reverencia y salió, seguida por el tierno canto de Buck Mulligan:

Prenda de mi corazón, si hubiera más
más pondríamos a tus pies.

Luego, volviéndose hacia Stephen:

–En serio, Dedalus, estoy seco. Recurre rápido a tu puerca escuela y tráenos algún dinero. Hoy los bardos tienen que beber y festejar. Irlanda espera que cada hombre cumpla con su deber en este día.

–Eso me recuerda –exclamó Haines, levantándose– que tengo que visitar hoy vuestra biblioteca nacional.

–Nuestra remojada en primer término –dijo Buck Mulligan.

Se volvió hacia Stephen y le preguntó, socarronamente:

–¿Es hoy el día de tu lavado mensual, Kinch?

Y dirigiéndose a Haines:

–El sucio bardo tiene el prurito de lavarse un día en cada mes.

–Toda Irlanda es lavada por la corriente del golfo –afirmó Stephen mientras dejaba gotear la miel sobre el pan.

Haines habló desde el rincón donde se ataba tranquilamente un echarpe alrededor del cuello desabrochado de su camisa de tenis.

–Pienso hacer una colección de todos tus dichos, si me lo permites.

Hablándome a mí. Ellos se lavan y se bañan y se frotan. Mordiscón ancestral del subconsciente.¹ Conciencia. Sin embargo aquí hay algo.

–Eso de que el espejo resquebrajado de un sirviente es el símbolo del arte irlandés, es estupidamente bueno.

Buck Mulligan pateó el pie de Stephen debajo de la mesa y exclamó con ardiente entonación:

–Espera oírlo hablar de Hamlet, Haines.

–Bueno, eso es lo que quiero decir –dijo Haines, hablando aún a Stephen–. Pensaba en ello cuando entró esa pobre vieja criatura.

1. *Agenbite of inwit* es el título de una obra del siglo XIV, de Dan Michel de Northgate.

—¿Le sacaría yo dinero a eso? —preguntó Stephen.

Haines se rió, y a la vez que tomaba su blando sombrero gris del sostén de la hamaca, dijo:

—No sé, te lo aseguro.

Caminó con lentitud hacia la puerta. Buck Mulligan se inclinó hacia Stephen y le reconvino con grosero vigor:

—Ahora sí que metiste la pata. ¿Para qué dijiste eso?

—¿Y qué? —dijo Stephen—. La cuestión es conseguir dinero. ¿De quién? De la lechera o de él. Cara o cruz, eso es todo.

—Le lleno la cabeza de ti —exclamó Buck Mulligan— y luego sales con tus indirectas piojosas y tus oscuras maniobras de jesuita.

—Veo muy poca esperanza —dijo Stephen—, tanto de parte de ella como de él.

Buck Mulligan suspiró trágicamente y apoyó su mano sobre el brazo de Stephen.

—De mí, Kinch —dijo.

Cambiando súbitamente de tono, agregó:

—Para decirte la pura verdad, creo que tienes razón. Maldito sea para lo que sirven. ¿Por qué no juegas con ellos como yo? Al infierno con todos. Salgamos de aquí.

Se puso de pie, se aflojó la bata y, quitándosela con toda gravedad, dijo resignadamente:

—Mulligan se despoja de sus vestiduras.

Vació sus bolsillos sobre la mesa.

—Ahí está tu limpiamocos —rezongó.

Y poniéndose el cuello duro y la corbata rebelde, les habló reprendiéndolos, y también a la bamboleante cadena de su reloj. Metió las manos en el baúl y comenzó a revolver, pidiendo un pañuelo limpio. Mordiscón ancestral del subconsciente. Dios, no tendremos más remedio que disfrazar el carácter. Quiero guantes rojizos y botas verdes. Contradicción. ¿Me contradigo? Sea, me contradigo. Malachi Mercurial. Un flojo proyectil negro voló de sus elocuentes manos.

—Y ahí está tu sombrero del barrio latino —dijo.

Stephen lo recogió y se lo puso. Haines los llamó desde la puerta:

—¿Vienen, jóvenes?

—Yo estoy listo —respondió Buck Mulligan, yendo hacia la salida—. Vamos, Kinch. Te has comido todo lo que dejamos, supongo.

Salió resignadamente, con porte y palabras graves, diciendo, casi con pesar:

–Y al salir se encontró con Butterly.

Sacando su garrote de fresno de donde estaba apoyado, Stephen salió con ellos y, mientras bajaba la escalera, empujó la lenta puerta de hierro y la cerró con la pesada llave, que metió en un bolsillo interior.

Al pie de la escalera, Buck Mulligan preguntó:

–¿Trajiste la llave?

–La tengo –respondió Stephen, precediéndolos.

Siguió andando. Oyó cómo Buck Mulligan golpeaba detrás de él los brotes de helechos o yuyos con su pesada toalla de baño.

–Abajo, señor. ¿Cómo se atreve usted, señor?

Haines preguntó:

–¿Paga alquiler por esta torre?

–Doce libras –dijo Buck Mulligan.

–Al secretario de Guerra del Estado –agregó Stephen, por encima del hombro.

Se detuvieron mientras Haines examinaba la torre, diciendo en conclusión:

–Un poco fría en el invierno. Diría yo. ¿La llaman Martello?

–Las hizo construir Billy Pitt –dijo Buck Mulligan– cuando los franceses estaban en el mar. Pero la nuestra es la *omphalos*.

–¿Cuál es su idea de Hamlet? –preguntó Haines a Stephen.

–No, no –gritó Buck Mulligan afligido–. No estoy a la altura de Tomás de Aquino y las cincuenta y cinco razones que construyó para apuntalarlo. Esperen primero a que tenga yo unas cuantas pintas dentro.

Se volvió hacia Stephen diciendo, mientras tiraba cuidadosamente hacia abajo los picos de su chaleco color prímula:

–No podrías arreglártelas con menos de tres pintas, ¿no es verdad, Kinch?

–¡Ha esperado tanto –dijo Stephen distraídamente– que bien puede esperar más!

–Excitan mi curiosidad –afirmó Haines amablemente–. ¿Se trata de una paradoja?

–¡Bah! –exclamó Buck Mulligan–. Ya hemos sobrepasado a Wilde y las paradojas. Es muy sencillo. Por medio del álgebra de-

muestra que el nieto de Hamlet es el abuelo de Shakespeare, y que él mismo es el espectro de su propio padre.

–¿Qué? –dijo Haines señalando a Stephen–. ¿Él mismo?

Buck Mulligan se puso la toalla alrededor del cuello a modo de estola, y retorciéndose de risa habló a Stephen al oído:

–¡Oh, sombra de Kinch el mayor! ¡Jafet en busca de un padre!

–Por la mañana siempre estamos cansados –dijo Stephen a Haines–. Y es bastante largo de contar.

Buck Mulligan, caminando adelante otra vez, levantó las manos.

–Solamente la pinta sagrada puede desatar la lengua de Dedalus –afirmó.

–Lo que quiero decir –explicó Haines a Stephen, mientras seguían– es que esta torre y estos acantilados me recuerdan, en alguna forma, el *Que desborda sobre su base mar adentro*, de Elsinor, ¿no es verdad?

Buck Mulligan se volvió de repente hacia Stephen por un instante, pero no habló. En ese luminoso instante silencioso Stephen vio su propia imagen en ordinario luto polvoriento entre las alegres vestimentas de ellos.

–Es un cuento maravilloso –dijo Haines, deteniéndolos de nuevo.

Ojos pálidos como el mar que el viento había refrescado, más pálidos, firmes y prudentes. El dominador de los mares, miró hacia el sur sobre la bahía, solitaria a excepción del penacho de humo del barco-correo, vago sobre el horizonte vívido, y una vela manio-brando por el lado de Muglins.

–He leído una interpretación teológica de lo mismo en alguna parte –dijo absorto–. La idea del Padre y el Hijo. El Hijo luchando por identificarse con el Padre.

Enseguida Buck Mulligan mostró un rostro gozoso iluminado por una amplia sonrisa. Los miró, su boca bien formada entreabierta de felicidad, mientras los ojos, de los que se había borrado súbitamente toda expresión de burla, parpadearon con loca alegría. Meneó una cabeza de muñeca de un lado a otro, haciendo temblar las alas de su panamá, y comenzó a cantar con voz tonta, tranquila y feliz:

Soy el joven más raro de que nunca hayan oído hablar.

Mi madre era una judía, mi padre un pájaro.

Con José el carpintero no puedo estar de acuerdo.

A la salud de los discípulos y el Calvario.

Levantó un índice de admonición:

Si alguien hay que crea que yo no soy divino
tragos no tendrá gratis cuando produzca vino.
Tendrá que beber agua, que arrojaré después,
cuando mi vino en agua convierta yo otra vez.

Tiró rápidamente del garrote de fresno de Stephen a modo de despedida y, corriendo adelante hacia una cresta del acantilado, agitó las manos a lo largo del cuerpo, como las aletas o las alas de uno que estuviera por elevarse en el aire, y entonó:

Adiós ahora, adiós. Escriban todo lo que he dicho
y digan a Tom, Dick y Harry que me levanté de entre los muertos.
Lo que está en la sangre no puede fallarme para volar...
Adiós... sopla fuerte en el Monte de los Olivos.

Bajó, haciendo cabriolas delante de ellos, hacia el agujero de cuarenta pies, agitando las manos como alas, saltando ágilmente. Su pétaso temblaba en el fresco viento que les llevaba de vuelta sus gritos breves, como de pájaro. Haines, que había estado riendo por lo bajo, se puso al lado de Stephen, diciendo:

–Supongo que no deberíamos reírnos. Es algo blasfemo. Yo tampoco soy un gran creyente. Sin embargo su alegría lo hace inofensivo en cierta forma, ¿verdad? ¿Cómo lo llamó? ¿José el carpintero?

–La balada del Jesús jocoso –contestó Stephen.

–¡Oh! –dijo Haines–, ¿la ha escuchado antes?

–Tres veces al día, después de las comidas –dijo Stephen lacónicamente.

–Usted no es creyente, ¿verdad? –preguntó Haines–. Quiero decir, un creyente en el sentido estrecho de la palabra. La creación de la nada, los milagros y un Dios personal.

–Me parece que la palabra no tiene más que un sentido –respondió Stephen.

Haines se detuvo para sacar una bruñida petaca de plata en que titilaba una piedra verde. Saltó la tapa a la presión del pulgar y se la ofreció.

–Gracias –dijo Stephen, tomando un cigarrillo.

Haines se sirvió y cerró la caja, que produjo un chasquido. La volvió a guardar en el bolsillo del costado y sacó del chaleco un encendedor, lo abrió también con un golpe de resorte y, después de encender un cigarrillo, lo alargó hacia Stephen protegiendo la llama en el cuenco de sus manos.

–Evidentemente –dijo mientras reanudaba la marcha–: o se cree o no se cree, ¿verdad? Personalmente, yo no podría digerir esa idea de un Dios personal. Supongo que usted no la sostiene, ¿verdad?

–Usted ve en mí –dijo Stephen con torvo desagrado– un ejemplo horrible del libre pensamiento.

Siguió caminando, esperando que le hablaran, arrastrando su garrote al costado. El regatón lo seguía levemente sobre el camino, chillando en sus talones. Mi familiar, detrás de mí, llamando Steeeeeeeeeeeephenn. Una línea titubeante a lo largo del sendero. Ellos andarán sobre él esta noche, viniendo por aquí en la oscuridad. Él quiere esa llave. Es mía, yo pagué el alquiler. Ahora yo como su pan salado. Darle la llave también. Todo. Él la pedirá. Estaba en sus ojos.

–Después de todo... –comenzó Haines.

Stephen se dio vuelta y vio que la fría mirada que lo había medido no era del todo malevolente.

–Después de todo, yo creo que usted es capaz de libertarse. Me parece que usted es dueño de sí mismo.

–Soy el criado de dos señores –dijo Stephen–: uno inglés y uno italiano.

–¿Italiano? –preguntó Haines.

Una reina loca, vieja y celosa. Arrodiílate ante mí.

–Y también hay un tercero –dijo Stephen– que me necesita para los mandados.

–¿Italiano? –repitió Haines–. ¿Qué quiere usted decir?

–El estado imperial británico –respondió Stephen, subiéndosele los colores a la cara– y la santa Iglesia católica, apostólica y romana.

Haines desprendió de su labio inferior algunas hebras de tabaco antes de hablar.

–Puedo entender eso perfectamente –dijo con calma–. Un irlandés tiene que pensar así, me atrevería a decir. En Inglaterra tenemos la sensación de que los hemos tratado a ustedes algo injustamente. Parece que la culpa la tiene la historia.

Los orgullosos títulos pomposos resonaron en la memoria de Stephen el triunfo de sus campanas descaradas: *et unam sanctam catholicam et apostolicam ecclesiam*; el lento crecer y cambiar del rito y el dogma, como sus propios pensamientos raros, química de estrellas. Símbolo de los apóstoles en la misa del papa Marcelo, las voces unidas, cantando alto su solo de afirmación; y detrás del canto el ángel vigilante de la iglesia militante desarmaba y amenazaba a sus heresiarcas. Una horda de herejías huyendo con sus mitras torcidas: Focio y la raza de burlones a la que pertenecía Mulligan; y Arrio, batallando toda su vida acerca de la consustancialidad del Hijo con el Padre, y Valentín, rechazando el cuerpo terrenal de Cristo, y el sutil heresiarca africano Sabelio, que afirmaba que el Padre era él mismo su propio Hijo. Las palabras que un momento antes había pronunciado Mulligan, mofándose del forastero. Mofa vana. El vacío aguarda seguramente a todos los que remueven el viento: una amenaza, un desarme y un triunfo de los ángeles combatientes de la Iglesia. Las huestes de Miguel, que lo defienden siempre en la hora del conflicto con sus lanzas y sus escudos.

Escucha, escucha. Aplausos prolongados. *Zut! Nom de Dieu!*

—Naturalmente, yo soy británico —dijo la voz de Haines— y pienso como tal. Tampoco quiero ver caer a mi país en las manos de esos judíos alemanes. Mucho me temo que ése sea nuestro problema nacional en este preciso momento.

Dos hombres estaban parados al borde de la escollera, observando: un hombre de negocios, un marino.

—Va en dirección al puerto de Bullock.

El marino señaló con la cabeza, con cierto desdén, hacia el norte de la bahía.

—Hay cinco brazas allí —dijo—. Cuando venga la marea de la una lo va a arrastrar por ese lado. Hoy son nueve días.

El hombre que se ahogó. Una vela virando en la bahía vacía, esperando que un bulto hinchado salga a flote, que vuelva hacia el sol una cara inflada, blanca como de sal. Aquí estoy yo.

Siguieron el camino tortuoso, bajando hasta la ensenada. Buck Mulligan estaba de pie sobre una piedra, en mangas de camisa, su corbata suelta ondeando sobre el hombro. Un hombre joven, afe-rrándose a un espolón de roca próximo a él, movía lentamente sus piernas verdes, como una rana, en la profunda jalea del agua.

—¿Está tu hermano contigo, Malachi?

–Está abajo, en Westmeath. Con los Bannon.

–¿Allí todavía? Recibí una tarjeta de Bannon. Dice que encontró una linda cosita por allí abajo. La llama la chica del retrato.

–Instantánea, ¿eh? Exposición breve.

Buck Mulligan se sentó para desatar sus botas. Un hombre de edad proyectó cerca del espolón de roca una cara roja y resoplante. Subió gateando por las piedras, brillándole el agua sobre la cabeza y su corona de cabellos grises cayéndole en arroyuelos sobre el pecho y el vientre, y vertiendo chorros del trapo negro y colgante.

Buck Mulligan se hizo a un lado para dejarlo pasar gateando, y mirando a Haines y a Stephen, se señó piadosamente con el dedo pulgar sobre la frente, los labios y el esternón.

–Seymour está de vuelta en la ciudad –dijo el joven, aferrándose otra vez a su espolón de roca–. Dejó la medicina y va a entrar en el ejército.

–¡Ah, caramba! –dijo Buck Mulligan.

–Va a estofarse la semana que viene. ¿Conoces a esa chica pelirroja de Carlisle, Lily?

–Sí.

–Estaba arrullándose anoche con él sobre el muelle. El padre está podrido en plata.

–¿Tiene un pelele a su alcance?

–Es mejor que se lo preguntes a Seymour.

–Seymour es un oficial de porra –dijo Buck Mulligan.

Se hizo un saludo a sí mismo con la cabeza mientras se sacaba los pantalones y quedó de pie, diciendo perogrullescamente:

–Las mujeres de cabeza colorada se aparejan como las cabras.

Se cortó alarmado, tocándose el costado bajo la camisa colgante.

–Mi duodécima costilla ya no está –gritó–. Soy el *Uebermensch*. Kinch el desdentado y yo somos los superhombres.

Se desembarazó de su camisa y la arrojó tras de sí sobre las demás ropas.

–¿Vas a entrar por aquí, Malachi?

–Sí. Deja sitio en la cama.

El joven retrocedió vigorosamente en el agua y alcanzó el centro de la ensenada en dos brazadas largas y limpias. Haines se sentó sobre una piedra, fumando.

–¿No vienes? –preguntó Buck Mulligan.

–Más tarde –dijo Haines–. No tan seguido de mi desayuno.

Stephen dio media vuelta.

–Me marchó, Mulligan –dijo.

–Pasa la llave, Kinch –dijo Buck Mulligan–, para sujetar mi camisa.

Stephen le alargó la llave. Buck Mulligan la colocó sobre sus ropas amontonadas.

–Y dos peniques –dijo–, para una pinta. Tira eso ahí.

Stephen arrojó dos peniques sobre el montón blando. Vestirse, desnudarse. Erecto, con las manos juntas delante, Buck Mulligan dijo solemnemente:

–El que roba al pobre presta al Señor. Así hablaba Zaratustra. Su cuerpo rollizo se zambulló.

–Te veremos nuevamente –dijo Haines, volviéndose mientras Stephen subía por el sendero, y sonriendo por el salvaje irlandés. Cuerno de toro, casco de caballo, sonrisa de sajón.

–El Ship –gritó Buck Mulligan–. A las doce y media.

–Bueno –dijo Stephen.

Siguió andando por el sendero que se curvaba en ascenso.

Liliata rutilantium.

Turma circumdet.

Iubilantium te virginum.

El nimbo gris del sacerdote en el nicho en que se viste discretamente. No quiero dormir aquí esta noche. A casa tampoco puedo ir.

Una voz dulzona y prolongada lo llamó desde el mar. Al doblar la curva agitó su mano. Volvió a llamar. Una bruñida y morena cabeza, la de una foca, allá lejos en el agua, redonda.

Usurpador.